

Durante el desayuno, Diego le pregunta a su hermano si le permite ver si su mano cabe en su boca. *Mano* se niega. Diego insiste ofreciéndole un delicioso polvorón. Durante el juego por devorar el postre, *Mano* da tan gran bocado que tanto el polvorón como Diego terminan en su estómago.

¿Qué harán para justificar la ausencia de Diego en la escuela? ¿Qué le dirán a mamá?

Te invitamos a que leas *Buen provecho* para que conozcas el desenvolvimiento de esta peripecia en la vida de Diego y su hermano.



BUEN Pro ve cho

Gonzalo Soltero

ALEJANDRA FRAUSTO GUERRERO
Secretaría de Cultura

JESÚS ANTONIO RODRÍGUEZ AGUIRRE
Coordinador Nacional de Desarrollo Cultural Infantil - Alas y Raíces

DIEGO SINHUE RODRÍGUEZ VALLEJO
Gobernador Constitucional del Estado de Guanajuato

ADRIANA CAMARENA DE OBESO
Directora General del Instituto Estatal de la Cultura

LOURDES ARIADNA GONZÁLEZ PÉREZ
Directora de Formación e Investigación

MAURICIO VÁZQUEZ GONZÁLEZ
Director Editorial



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



FONCA



Instituto
Estatal de
la Cultura



CENTRO
DE LAS ARTES
DE GUANAJUATO



EDICIONES LA RANA

Barcos de Papel
Serie VELAS AL VIENTO



Buen provecho

Buen provecho es la obra ganadora del XIV Concurso Regional de Literatura para Niños, en la categoría de cuento, que convoca el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato –como parte del programa Alas y Raíces–. El jurado estuvo integrado por Héctor Contreras Carreto, Óscar Martínez Vélez y Verónica Musalem Moreno.

BUEN Pro ve cho

Gonzalo Soltero

Del texto:

© Gonzalo Soltero

De las ilustraciones para cubiertas e interiores:

© Valeria Waldo

Diseño de cubiertas e interiores: Tonatiuh Mendoza



EDICIONES LA RANA

Soltero, Gonzalo. Buen provecho.

Ediciones La Rana / Guanajuato / 2020. 24 pp.; 16.5 × 22 cm; 10 ilustraciones.

(serie "Velas al Viento" de la colección Barcos de Papel)

ISBN En trámite

1. Literatura. Literatura mexicana. Cuento mexicano. 2. Literatura. Literatura para niños.

Cuento. 3. Literatura mexicana. Gonzalo Soltero.

XIV Premio del Concurso Regional de Literatura para Niños 2017.

LC PZ5.54.S65.2020

Dewey M860.068 Sol684

De esta edición:

D.R. © EDICIONES LA RANA

Instituto Estatal de la Cultura

Callejón de la Condesa núm. 8

36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición en la serie "Velas al Viento"
de la colección *Barcos de Papel*, 2020

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico

ISBN En trámite

Ediciones La Rana hace una atenta invitación a sus lectores para fomentar el respeto por el trabajo intelectual, es por ello que les informa que la Ley de Derechos de Autor no permite la reproducción de las obras artísticas y científicas, ya sea total o parcial –por cualquier medio o procedimiento–, a menos que se tenga la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.



Gonzalo Soltero



—Mi mano cabe ahí —me dijo Diego en el desayuno, cuando vio cómo abría la boca para morder una manzana.

—Claro que no —respondí.

—Te apuesto a que sí —me desafió con una sonrisa, y luego abrió la boca tan grande como pudo haciendo un ruido de monstruo voraz.

Yo le aventé un pedazo de pan tostado y casi le atino. Él se preparaba a contratascar cuando entró mamá en la cocina. Ya estaba vestida para el trabajo.

—Apúrense o van a llegar tarde otra vez —nos dijo.

Agarramos nuestras mochilas y salimos corriendo hasta la esquina. Mientras esperábamos el camión, Diego siguió molestándome.

—Ándale, mano, vas a ver cómo sí cabe.

Le hice la parada al camión. Tan pronto nos sentamos empezó otra vez.

—Mano, nomás déjame ver si es cierto o no.

Como vio que no conseguía nada, cambió de estrategia. Sacó algo de su mochila. Era el último polvorón especial de los que mi mamá nos trae sólo una vez al mes.

—Mira, es mío —me dijo enseñándomelo.

—No es cierto, ése me tocaba a mí.



Me puso el polvorón frente a la nariz y me dijo.
—Lero, lero.

Ñaaaaaaam hice yo, y el panecito con todo y mano estaba en mi boca. Él sólo abrió los ojos grandotes y trató de



liberar el polvorón. Ni siquiera se puso contento por haber comprobado que su teoría era cierta.

—Juójolo ejá oo aeao —dije, que en lenguaje polvorón-con-mano-de-hermano-en-la-boca significa: “Suéltalo, está todo babeado”. Pero nada que lo soltaba.

Entonces el chofer pisó un bache y el camión dio un brinco bien grande.



Gulp. Sonó muy fuerte, pero casi no se oyó por el ruido que hizo el camión al rebotar contra la calle. Yo me atraganté un poquito, pero el siguiente rebote del camión hizo que se me pasara. Eso sí, nunca antes en mi vida me había sentido tan satisfecho.



Quando me fijé no vi a Diego por ningún lado. Pensé que con el bache había salido disparado. Miré por todos lados, pero nada que lo veía. Las ventanas estaban cerradas y no estaba bajo los asientos. Me senté porque parecía que el polvorón había crecido y me llenaba por completo.

—¿Mano, dónde estás?—grité bien fuerte, y luego me quedé con la boca abierta por lo misterioso de su desaparición.

—Aquí estoy—dijo, queriendo resolver el misterio, pero seguía igual de inexplicable porque lo oía sin poder verlo.

—¿Dónde?—pregunté mirando para arriba y para abajo.

—Adentro de ti, mano.

Quise brincar del asombro, pero eso de tener al hermano de uno por dentro, aunque sea chiquito, es muy pesado. Nada más hice como cuando a uno le da hipo, pero no me separé ni un centímetro del asiento.

—¿Y cómo llegaste ahí?

—Pues por tu bocota. ¿Y ahora qué hacemos?

—No sé. Quédate quieto ahí adentro y cuando lleguemos a la casa le preguntamos a mamá.

—Pero mamá llega noche. Me voy a perder las caricaturas.

—No des lata y pórtate bien, que ya llegamos a la escuela.

Primero fui al salón de Diego para avisar que iba a faltar porque estaba enfermo. Hasta ahí todo iba bien. Llegué cinco minutos tarde a mi clase y la maestra Cecilia me miró enojada. Es muy severa. Caminé hasta mi pupitre, al final del salón, en silencio. Tocaba clase de matemáticas. La maestra empezó a explicar un problema difícilísimo en el pizarrón. No habían pasado ni cinco minutos cuando se le cayó el borrador al suelo. Se agachó para recogerlo y al mismo tiempo yo bostecé. En ese momento se escuchó:

—¡Maestra Cecilia, se le ven los calzones!





La voz había salido de mi boca. No sólo eso sino que después había soltado una carcajada. Pero no era ni mi voz ni mi risa. Era Diego.

La maestra Cecilia se paró derecha como palo de escoba. Estaba roja, roja, roja. No sé si de rabia o de vergüenza, pero ni siquiera pudo hablar. Tan sólo levantó la mano y con un dedo largo y puntiagudo me señaló el rincón. Y ahí voy yo a sentarme en el rincón, con la boca bien cerrada. Podía escuchar a Diego todavía riéndose de su travesura. Bueno, ni siquiera lo oía, pero sentía la vibración entre mi panza y espalda.

Como estuve tan callado, al llegar el recreo me quitaron el castigo. Quise salir corriendo, pero otra vez Diego me pesaba mucho. Fui al baño caminando. Me puse enfrente del espejo y abrí la boca tanto como pude. Luego traté de ver a Diego, pero es muy difícil abrir la boca y mirarse en el espejo al mismo tiempo. Creo que vi el reflejo de sus ojos risueños.

—Vas a ver —le dije, y le quise dar un zape, así que me lo di en el estómago. Él ni lo sintió, pero a mí me sacó el aire. Como me volví a quedar con la boca abierta su risa volvió a salir mientras decía:

—Éjele, mano, no me alcanzas.

Y era cierto, a pesar de tenerlo tan cerca, no podía tocarlo.

Me salí al patio y me senté en una banca alejada de los demás, para que no fueran a descubrirnos. Incluso vi a Verónica, la niña que me gusta, comiendo sola pero no me pude acercar. Abrí mi lonchera y en cuanto agarré mi torta, empecé a saborearme. Le di una mordida grande, como las que yo sé dar.

Pero la torta no me supo a nada.

Adentro de mí, Diego había saltado y se había comido el pedazo de torta.

—¿Ah sí? Vas a ver... —murmuré mientras agarraba un sobrecito de mostaza. Lo abrí con los dientes y lo chupé de golpe, pero Diego me debe haber oído. Se hizo a un lado y la mostaza me cayó directo en el estómago.

—Guácatelas —dije, y me di cuenta que tenía que hacer un pacto—. Una mordida y una mordida —le propuse.

—Está bien —me respondió. Compartimos el resto de la torta y hasta el agua de tamarindo.

De vuelta en clase, no hubo problema porque se quedó dormido. De vez en cuando la maestra Cecilia volteaba a verme sospechosa. Yo apretaba fuerte los labios, no fuera a ser que Diego roncara. Al sonar el timbre de la salida esperé a que mis compañeros se fueran primero. Después salí rumbo a la calle. El camión justo estaba pasando y traté de alcanzarlo. Diego se había despertado y estaba muy divertido con el zangoloteo de la carrera, pero pesaba mucho y el camión se fue. Tuve que caminar hasta la casa cargando mi mochila, su mochila y, por si fuera poco, a mi hermano dentro.

Cuando por fin llegué, estaba agotado. Diego ya estaba aburrido de andar todo el día encerrado.

—¡Quiero salir! —dijo y empezó a llorar.

Las lágrimas salían con tanta fuerza que una me llegó hasta la nariz. Me hizo cosquillas y estornudé. No sé por qué, pero siempre que uno estornuda cierra los ojos. Al abrirlos yo tenía otra vez mucha hambre, como siempre tengo. Y Diego estaba frente a mí.



—Qué bueno estar afuera —dijo muy sonriente.

Y se fue corriendo a la cocina. Yo lo seguí porque con Diego nunca se sabe. Tenía el tarro de galletas en las manos y lo miraba fijamente como si no tuviera fondo. Sólo quedaba una.

—Mira, nada más queda ésta —empezó a decir con cara de travieso—. Te apuesto la última a que...

Pero no lo dejé terminar, metí la mano al frasco y le tapé la boca con la galleta. Sonrió victorioso a través de las migajas. Yo todavía necesitaba digerir todo lo que había pasado en el día y por mi estómago.



Para la elaboración de este libro se utilizó
el tipo Warnock Pro y papel cuché mate de 130 g.

La impresión y encuadernación de *Buen provecho* fueron realizadas
por José Ramón Ayala Tierrafría, José Román López González y Miguel Ángel
Solano Cuéllar en el Taller del IEC, en marzo de 2020.

Cuidado de la edición: Luz Verónica Mata González
Formación: Tonatiuh Mendoza

El tiraje fue de 500 ejemplares.